

## INSINUACION PATRIÓTICA

*Sobre los perjuicios que acarrearía al Estado el restablecimiento de los Frailes, ó por mejor decir, sobre lo útil y ventajosa que sería su total extincion.*



**E**ntre los cristianos de la primitiva Iglesia, cuyas costumbres fuéron las mas puras é inocentes que se han conocido jamás entre los hombres, no hubo ni monges ni frailes.

La profesion monástica tuvo su origen en la Siria y en Egipto en el siglo 3.<sup>o</sup> del cristianismo, pero no estuvo en su esplendor hasta mediados del 4.<sup>o</sup>, en que muchos Cenobitas se distinguian por su santidad, al mismo tiempo que otros causaban con su conducta sediciosa mil escándalos y disturbios en las iglesias de Oriente.

En el siglo 5.<sup>o</sup> habia ya monges en Europa; pero la principal época de su establecimiento debe considerarse desde que S. Benito fundó en 529 el famoso monasterio de Monte Casino, en donde echó los primeros cimientos de su orden, juntando gran número de discípulos, que se esparcieron despues por todo el Occidente.

Su regla les prescribe la humildad, la obediencia, la castidad, la pobreza, el trabajo de manos, y en fin todas las demas virtudes propias de unos hombres, cuyo esencial objeto es dexar el mundo, y consagrarse enteramente á Dios; pero estas santas instituciones fuéron tan pronto olvidadas, que en el siglo inmediato ya no quedaba rastro de ellas.

La superstición había enriquecido los monasterios, y las riquezas habían introducido la mas torpe corrupcion entre los monges, quienes en lugar de vivir pobres, retirados, humildes y laboriosos se abandonaron á la vida mundana, al ocio, y á los vicios, faltando de este modo, con el mayor escándalo, al pacto que habían hecho con Dios y con los hombres. La descripcion que hace un historiador eclesiástico de sus costumbres en aquel siglo, nos dará una idea exácta del estado de relajacion y desenfreno en que vivian.

„Una devocion, dice, que caracteriza en parte á este siglo, y tuvo su principio en las mismas tinieblas, fue la fundacion de tantos monasterios, que se multiplicaron hasta un número casi increíble. Les parecia á las gentes que no podian hacer una obra mas grata á los ojos de Dios, ni dar una prueba mas cierta de afecto á la religion, que el consagrar su hacienda á fundar por todas partes estos piadosos asilos, y dotarlos quantiosamente. Los príncipes y los grandes no conocian otro mejor uso de su poder y riquezas: y á los hombres de todas las clases les parecia, que no había cosa mas acertada en este mundo, que el ir á vivir y morir en hábito monacal. Y fue tan general esta aficion, que era comun el ver hasta trescientos y quatrocientos monges juntos en estos retiros; de suerte que no se comprende bien como podia subsistir la sociedad civil en medio de esta asombrosa desercion de hombres, que de todos los estados abandonaban el mundo para poblar los desiertos. Así llegaron á ser el patrimonio de las abadias dominios inmensos, y tierras de la mas vasta extension, las quales, hallándose cargadas por este motivo con el servicio militar, con la justicia contenciosa, y con la administracion de unas rentas muy grandes, daban á los abades una clase en el estado con todo el aparato de la grandeza, y todas las comodidades de la opulencia. Los monasterios tenian vasallos, oficiales de justicia, negocios de todas especies: tomaban parte en la guerra y en las dife-

»rencias que se suscitaban entre los príncipes y señores,  
 »en las deliberaciones públicas y asambleas nacionales: es-  
 »taban llenos de tropa; de armas y caballos, hospedaban  
 »á los Reyes y á su comitiva. Con esto era imposible que  
 »estos asilos de la paz, y del silencio no se convirtiesen  
 »en lugares de tumulto, de luxo y de gasto; y que el  
 »espíritu de recogimiento, de oracion y sencillez no se ex-  
 »tinguiese, desterrada la pobreza y la humildad, que son  
 »los dos fundamentos de la vida monástica.»

Por esta ingenua relacion, que nos representa las cos-  
 tumbres de los monges en el siglo 7.º se vé claramente,  
 que estas casas religiosas han sido siempre en gran ma-  
 nera perniciosas á los estados, y de malísimo exemplo para  
 los pueblos, que veían que la pretendida regla que los frailes  
 fingian querer observar, no era más que un trampantojo,  
 y que con capa de austeridad, de penitencia y de pobre-  
 za se podia lograr el ser grandemente rico sin trabajar y  
 disfrutar tranquilamente de todas las comodidades y rega-  
 los de la vida.

Pero quando se vió con la mayor evidencia que los  
 frailes no pueden dexar de ser perjudiciales al Estado;  
 y que si las virtudes de algunos han hecho algun bien á  
 la cristiandad, los vicios, la ignorancia y la holgazaneria  
 del mayor número han hecho gravísimos males á la so-  
 ciedad en general, fue en el siglo XIII, en que nacióron  
 y se propagáron con una increíble rapidez las órdenes  
 mendicantes.

Baxo el Pontificado de Inocencio III, dice otro his-  
 toriador tan sabio como elocuente «nacióron las órdenes  
 »mendicantes como una milicia espiritual destinada á com-  
 »batir contra los vicios y los errores. S. Franciscó de  
 »Asís, tan sencillo como piadoso, creyó seguir la pure-  
 »za del evangélio estableciendo un instituto en el que na-  
 »da se poseyese, y en el que fuese preciso vivir de li-  
 »mosna quando el trabajo de manos no diese lo necesá-  
 »rio para subsistir. Sus primeros religiosos humildes, pa-  
 »cientes, zelosos infatigables, embelesáron á los pueblos,

\*

»tanto por la singularidad de una perfeccion desconocida, como por sus trabajos apostólicos. El orden se extendió tan rápidamente que en 1219, quatro años después que fué aprobado, se contaron mas de quatro mil franciscanos en el primer capítulo general.»

Ya tenemos aquí mas de quatro mil mendigos á cargo de la república, y si habian de vivir del trabajo de sus manos ¿por qué no se estaban en sus casas? El hombre que trabaja, en todas partes es virtuoso y útil á sus semejantes, pero en nada ménos pensaban estos santos varones que en trabajar para ganar el sustento con el sudor de su rostro como vamos á verlo bien pronto siguiendo la narracion de nuestro historiador.

»Santo Domingo, canónigo español, el misionero de la cruzada de los Albigenses, estableció por aquel mismo tiempo frailes predicadores baxo el pie de canónigos regulares, y les proporcionó una gran autoridad ya por el cargo de maestro del sacro palacio creado en su favor, ya por la inquisicion, cuyo exercicio le habia confiado Inocencio III. El exemplo de los frailes menores le animó bien pronto á preferir la qualidad de mendicante como mas sublime. Los Dominicos abrazaron, pues, en 1220 la pobreza entera de S. Francisco. En seguida vinieron otros institutos de mendicantes menos célebres.»

»Segun el juicioso Fleury, los pueblos podian decir: bastante cargados estamos con la subsistencia de nuestros pastores ordinarios, á quienes pagamos los diezmos y demás censos. Los pueblos pensaron y obraron muy de otra manera. Aquella mendiguez les pareció en algun modo divina, y el mismo espíritu que habia enriquecido tantos monasterios fué el recurso seguro de tantos nuevos religiosos mirados como unos apóstoles, mientras que los pastores y los antiguos monges eran despreciados altamente.»

»Para la Curia Romana, fué una gran ventaja el tener á su disposicion una multitud de zeladores ar-

„dientes que podia enviar sin hacer gasto alguno á todas partes, cuyos movimientos podia dirigir y aun valerse de sus virtudes para el buen éxito de sus empresas. Se les eximió de la jurisdiccion episcopal con el fin de extender y sostener por medio de ellos el poder del papazgo. La Europa se llenó de mendigos voluntarios, que gobernaron el espíritu y la conciencia de los pueblos; pero su profesion y su muchedumbre los exponian á demasiados peligros, para que su fervor primitivo pudiese subsistir mucho tiempo. No hacia mas que treinta años que S. Francisco habia muerto, y ya S. Buenaventura, General de la Orden, se quejaba de grandes abusos, hasta decir (con exâgeracion sin duda) que se temia tanto el encuentro de los frailes como el de los ladrones.”

„Respetando la santidad de un gran número de estos religiosos, la historia refiere, que las riquezas se siguieron bien pronto á la mendiguez: que las devociones nuevas que inventaron, *cordones, rosario, escauplario &c.* no fueron siempre puras devociones: que se suscitaron disputas entre las órdenes con motivo del producto que sacaban de ellas, testigo una Bula de Pio V. para asegurar á los Dominicos exclusivamente las cofradías del rosario como un privilegio: que las disputas de la aula, juntamente con el interés, llegaron á ser un manantial de discordia entre los religiosos de hábitos diferentes: que de ello resultaron turbulencias en la iglesia y en la sociedad: que la razon hubiera podido prevenir estos efectos demasiado naturales de la debilidad humana, y que señalando justos limites á semejantes establecimientos, se debiera haber evitado la necesidad de las reformas y de las supresiones.”

Tales fueron los frailes de los tiempos antiguos, que vivieron en compañía de los santos: veamos ahora como son nuestros contemporáneos que no han tenido la dicha de conocer tan excelentes modelos. Como todo el mundo los conoce, mi descripcion no será larga, y así

me contentaré con delinear los principales rasgos que los caracterizan.

Ellos, igualmente que sus predecesores continúan embaucando al crédulo y sencillo pueblo, imbuyéndole en mil supersticiones ridículas, haciéndole creer innumerables milagros fingidos, y adorar una infinidad de reliquias falsas, degradando de este modo la magestad sublime de nuestra religion, y transformandola en una especie de idolatria. Ellos en medio de un siglo ilustrado, son por esencia ignorantes, preocupados, fanáticos, intolerantes y enemigos declarados de las luces, de la prosperidad y libertad de las Naciones. Ellos, corrompen las costumbres de los pueblos donde residen en comunidad, seduciendo las mugeres y embruteciendo á los maridos, hasta hacerles olvidar todo sentimiento de honor y de vergüenza. Pongo por testigos de esta verdad á todos quantos han vivido algun tiempo en pueblos dominados por ciertos frailes; y que confiesen de buena fe sino han observado en ellos; ¿qué digo observado? sino han visto y palpado una disolucion de costumbres, que asombra aun á los hombres mas versados en los vicios del mundo. Ellos son, han sido y serán siempre malos ciudadanos, como lo han manifestado abiertamente en nuestra santa insurreccion, pues en vez de apresurarse á ofrecer á la Patria las muchas riquezas de que eran depositarios y no dueños, han preferido reservarlas para que sean presa de nuestros enemigos. Entre ellos, ha hallado el gobierno intruso los ádictos de su mayor confianza, y los espías mas disimulados, mas astutos, y por consiguiente mas temibles para nosotros: sus diversas agregaciones, forman una sociedad particular, rica y poderosa, que puede llamarse una república en el Estado: ninguna autoridad reconocen; y léjos de hallarse en ellos la humildad, la moderacion y mansedumbre, que dicen que profesan, estan por el contrario llenos de orgullo, y poseídos de un espíritu de odio y de venganza implacables.

Por último, con capa de siervos de Dios, y á título de

limosnas disfrutan de las rentas mas pingues, con las quales viven á nuestras expensas : nosotros condenados al trabajo, y ellos sumergidos en la mas infame holgazaneria. Este abuso, el mas enorme que se puede hacer de la religion, no se debe tolerar ya un solo instante : arrojemos pues quanto antes de nuestros hombros tan insoportable é ignominiosa carga : destruyamos pronto pronto de raiz está pésima carcoma, que corroe y devora los Estados, como el cáncer al cuerpo humano. La Pátria no necesita frailes : sus virtudes, si es que las tienen, no hacen falta en la paz, y son inútiles en la guerra : por tanto, concluyo, que no solo no se les debe permitir que vuelvan á sus conventos, sino que es preciso, absolutamente preciso, extinguirlos totalmente antes que consumen nuestra ruina, de la que han sido no pequeña causa. M. M.

---

MADRID.

EN LA IMPRENTA DE VILLALPANDO.

AÑO 1812.

